

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*¡Dos en uno!* Por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*Nubes de verano*, (poesía), por D. Antonio de San Martin.—*La educacion de un padre* (conclusion), por D.<sup>a</sup> Camila Avilés.—*A una barquilla* (poesía), por D. Enrique Príncipe.—*Teatros*, por don Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINA:** *Figurin*, núm. 825 bis.



## REVISTA MODAS.



A falda de inmensa cola, suprimida en los trajes de campo, volverá á recobrar su imperio con la apertura de los salones: nada mas distinguido y majestuoso que un traje nesgado y que descansa media vara sobre mullida alfombra, pero que si allí ostenta una elegancia imposible de reemplazar, en la calle es de un uso imposible. Por eso los llamados trajes de campo recogidos sobre otra falda, ó mas cortos que la falda interior, se ven amenazados de perder su nombre por el de trajes de calle.

No es ya solo en el Retiro adonde se admiran esos trajes de calle que reúnen á su graciosa coquetería el encanto de dejar asomar un diminuto pié primorosamente calzado; las señoras que salen de mañana á misa, á tiendas, á esas visitas que no están comprendidas en el número de las de etiqueta, creen ya cometer un delito de *lesa-Moda* llevando el apéndice de la cola arrastrando sobre la acera. En breve los trajes de la mujer se sujetarán á una rigurosa clasificacion, y así como el hombre no puede entrar en un salon con paletot, ni salir á las ocho de la mañana con frac, así la mujer no podrá presentarse en una tertulia ó en un teatro con un traje de calle ó de mañana. La confusion de las Modas ha sido quizá una de las causas del insensato lujo que se ha desarrollado... Pero ¿se adopta por economía el traje corto? Revistero crítico hay que se ha atrevido á decir que las mujeres le adoptan porque todas parecen con él niñas de quince años... ¿Puede llevarse mas lejos el afán de ridiculizar nuestras

Modas? Diga lo que quiera el malicioso crítico, el traje corto es verdaderamente económico por su tela, que nunca puede ser rica, y por la menor cantidad de ella que entra en la confeccion de trajes cortos y de menor vuelo.

En cambio en los trajes de soirée y paseo la cola gana en dimensiones todo lo que pierde en los anteriores, y las *gasas marquesa*, los *tafetanes grisailles*, los foulares, los pelos de cabra de un blanco brillante, se disputan la preferencia para confeccionarlos: sin embargo, quedan todos vencidos por el organdí blanco ó estampado, que es la tela característica del estío. Hay organdís con rayas muy separadas, ó moteados muy claros, que sobre un viso de seda del color de la raya ó del lunar, ó cuando estos son negros, sobre viso celeste ó rosa, hacen un efecto encantador. El color violeta para esta combinacion de trajes es de un gusto distinguido y se nota hácia él marcada preferencia por las señoras que forman ya grupo aparte entre las jóvenes de veinte años. Este color, combinado con el organdí, es la sencillez y la elegancia, unidas á la modestia y la severidad.

Debemos apresurarnos á decir, que si la muselina ha recobrado sus derechos, el encaje no ha perdido los suyos: los *peplum* de encaje negro, los paletots idem, los chales, y por fin, las guarniciones y entredoses para adornos de los vestidos, proclaman muy alto que las fábricas de encajes están mimadas por la Moda actual. Sobre los trajes blancos no nos cansaremos de recomendar los paletots chales y *peplum* negros, y los adornos de encaje es-



tán harto apreciados para que nos detengamos en su recomendación. Encajes blancos ó negros adornan los cuerpos-paletots de los trajes de seda y foulard, cuerpos que suelen carecer de manga, completándolos una hombrera de encaje sobre la manga de muselina blanca. Estos cuerpos, y los de escote bajo cerrado por camiseta ó fichú, cuando no se trata de un traje de baile, son los que sostienen la competencia. En los hombros empiezan á usarse presillas de cinta y de guipure, á lo Luis XV, hablándose ya de unos lazos que venden á propósito, terminados por herretes, flecos de cuentas y áncoras, por si se destinan á sombreros ó trajes de campo.

Ya que nos ocupamos de adornos de cintas, consignaremos que las que se emplean para los sombreros de calle son de gran anchura y riqueza; que á medida que el sombrero se reduce, nuestras modistas se exceden en la riqueza de sus adornos. El tiempo se va acercando de una reforma radical... En vista de que el sombrero no puede reducirse, ¿se resignarán á agrandarlo? Hé aquí la cuestión que preocupa á muchas señoras, á las que solo podemos contestar: Perded cuidado, la Moda se encargará de vencer vuestros escrúpulos, quedando como siempre victoriosa, y vosotras reconocidas. Si el año anterior nos lamentábamos de la escasez de flores en los sombreros, este año, por fortuna, han recobrado estas todo su prestigio, y cordones de flores se ven en los sombreros, en los prendidos, y en los cabellos ensortijados de las jóvenes... ¡Nada más bello que este adorno! ¡Una jóven hermosa, adornada con flores naturales ó imitadas, muestra el con-

junto de los mas bellos dones de la naturaleza!

Escriben de los puntos de baños medicinales que la animación en todos ellos es excesiva, y que las mujeres rivalizan en hermosura, en elegancia y en talento, amenizando tan gratas reuniones con sus conocimientos filarmónicos. Adonde va la buena sociedad lleva consigo su animación característica, y si esas expediciones de necesidad ó recreo se moderaran en sus costosas exigencias, sería casi apetecible un pequeño achaque, por disfrutar del grato solaz que proporcionan. La mujer tiene algo de culpa en esas exigencias, y á propósito de esto nos escriben de Vichy la siguiente anécdota:

Una de las mujeres mas distinguidas de aquel círculo, encontró á su médico, que la reconvinó con estas frases:

—Gracias á Dios, mi querida enferma, que os encuentro en paseo. Necesitais hacer mas ejercicio, una vida mas activa...

—¡Mas activa! Os burlais, doctor. ¿Y mis cinco trajes diarios?

En efecto, una mujer tiene en esos sitios la ridícula manía de pasar el tiempo vistiéndose y desnudándose. Por la mañana se pone el primer traje para ir al baño; despues el segundo, para el almuerzo; el tercero, para bajar á oír música al salón de dos á cinco; el cuarto, mas elegante, para comer, y el quinto, de baile, para asistir por la noche al casino ó al salón.

¡Á esto llaman ciertas mujeres pasar con lo estrictamente necesario!

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### ¡DOS EN UNO!

¡Dulces recuerdos de la infancia, cuán gratos sois al alma! ¡Muchas veces se ha cubierto la tierra de púdicas violetas, de blancas margaritas, desde que yo recorría la florida orilla del Mediterráneo en la bella y pintoresca Cataluña!

Una tarde salí á coger conchas con otras jovencillas, mis amigas, y nos sentamos al pié de una encina que crecía en la misma ribera, y hasta la cual llevaba el aire las perlas que iba arrebatando á las ondas fugitivas...

¡Cuán bello estaba el cielo, cuán bello estaba el mar, cuán alegres nuestros corazones, que solo palpitaban á impulso de sentimientos puros y generosos!

Era aquella una magnífica tarde de verano, llena de resplandores, perfumes y armonías; pero el sol estaba ya

próximo á esconderse entre las nubes de púrpura del ocaso. Acercábase el crepúsculo con sus medias tintas, y aves, brisas, insectos y sonoros ecos, iban enmudeciendo por grados, entregándose al bienhechor descanso de la noche.

Sin embargo, aunque la calma era tan profunda, aunque el cielo estaba tan sereno, vimos aparecer en el confín del horizonte una nube negra, que se ensanchaba y crecía con una rapidez inmensa.

—¿Lloverá, papá? ¿habrá truenos? dijo la tímida Julia á su anciano padre, que era quien nos acompañaba.

—¡No! dijo este sonriendo. ¡No! Tranquilo puede el pescador bogar en su barquilla, porque los aguileños no turbarán la superficie de los mares. Y si no, mirad: ¿No veis ahí bajo un pajarillo que se afana en construir su nido? Ha depositado su nido sobre las aguas, y ahora le suspende, como si fuese una hamaca, de esos dos arbustos de la playa...



—¡Ah, sí! exclamó Julia con infantil entusiasmo. ¡Y qué pájaro tan bonito! ¡Tiene el pico negro, delgado y largo, y dos dedos de los pies rojos! ¡Mirad, mirad, el lomo es tornasolado de negro, verde y azul, con una hermosa raya también azul en el medio, y los costados del cuello y del pico son rojos como los dos dedos de los pies! ¿Qué nombre tiene, papá?

—Alción, hijas mías, respondió el anciano, y mas comúnmente, Martín el Pescador, porque habita en las orillas del mar y de los ríos, y se alimenta de pececillos, que coje zambulléndose en el agua.

Este pájaro es emblema de la paz y la tranquilidad, y los antiguos lo habían consagrado á Tetis, la Diosa de los Mares.

Los antiguos, hijas mías, que estaban mas cercanos de la naturaleza primitiva, que estaban quizás menos distraídos con el rumor de las modernas industrias, quizás menos absortos en contar monedas de oro, forjaban deliciosas leyendas, prestando vida y poesía á todos los seres de la naturaleza, que podían servir de ejemplo al hombre.

La graciosa fábula del Alción, tal vez os sirva algun día de provechosa enseñanza. ¿Quereis que os la refiera?

¿Hay por ventura algun niño á quien no le gusten las viejas historias maravillosas?

Nosotras nos acercamos vivamente al anciano, formando corro en torno suyo, y él empezó diciendo con voz grave y pausada:

—En el tiempo en que la Civilización, que había nacido en los sagrados bosques de la India, después de recorrer majestuosamente la Persia y la Caldea, después de haberse sentado á descansar al pie de las Pirámides de Egipto, se introdujo en las selvas frondosas de la Grecia, este pueblo, dotado de pasiones vivas, de imaginación ardiente, se opuso á que entrara en sus dominios, sino ocultaba su aspecto grave y meditabundo, cubriéndose de un velo vaporoso, matizado con los bellos colores de su cielo, con los risueños tintes de sus campos. ¿Y la Civilización, que quería avanzar á todo trance en su camino, tuvo que sujetarse á su capricho.

Las figuras emblemáticas de los caldeos, los ingeniosos geroglíficos de los egipcios, tomaron cuerpo y vida entre los griegos, y fueron otras tantas divinidades apacibles ó turbulentas que se repartieron el dominio de los cielos y la tierra, dando origen á la Mitología. Las unas animaron los árboles, las flores, las fuentes y los ríos; las otras, los vientos y los ecos. Las del mal bajaron al centro de la tierra; las del bien subieron al Olimpo delicioso... Pero la Civilización, aunque disfrazada de este modo, proseguía con incansable afán su obra portentosa, sembrando entre los juegos y la risa máximas divinas; presentando á los hombres bajo formas poéticas y ligeras, ejemplos admirables...

El de la bella Alcíona, fué uno de estos... Era hija de Eolo, rey de los vientos, y su padre, que la amaba mucho, la colocó en un palacio de cristal, construido en medio de un encantador oasis, en donde solo reinaban las tibias auras, los ligeros céfiro... Alcíona creció allí entre las flores, hermosa, amante y pura como ellas...

Pero Apolo se incomodó con el soberano de los vientos, porque había dejado escapar á los soberbios Aquilones,

mientras él perseguía á una ninfa de los bosques, y por vengarse quiso que Cupido condujese á Ceix, rey de Tracia, al oasis mágico. Ceix era bello, bella era Alcíona, Cupido estaba entre los dos: ¿cómo no habían de amarse?

¡Se amaron!... ¡Se amaron como se aman los seres nobles y puros, fundiéndose en uno solo, juntando vida, dicha y esperanza!...

¡Pobres niños!

Eolo quería unir á su hija con Favonio, el viento del Héspero suave; el Dios de la luz quería que fuese completa su venganza.

Largos años pasaron los dos amantes entregados á las lágrimas y á las penas de una pasión desventurada, hasta que por fin Eolo cedió: ¡era padre, y padre tierno!

Ceix se llevó á Alcíona á su corte, en donde se hicieron grandes regocijos; pero el Sol, despechado de haber sido vencido, ya subía tanto con su carro al pasar por Tracia, que dejaba á la tierra yerma; ya lo bajaba tanto que abrasaba las espigas del trigo, los racimos de las vides, y el pueblo carecía de pan y del licor que alegra y fortifica.

Elevóse en toda la Tracia un inmenso clamoreo, un concierto lúgubre de quejas y suspiros.

—Mira, dijo Ceix á su esposa, mi pueblo parece de hambre, y nosotros no podríamos ser felices al ver su desventura.

La venganza de Apolo pesa sobre nosotros; parto, voy á Delfos á ofrecerle un sacrificio, y volveré lleno de júbilo á tu lado... ¡Ámame!... ¡No me olvides!

¡Partió!... ¡Tardó en volver!...

Había ofrecido en Delfos el solemne sacrificio: Apolo estaba satisfecho, y el Sol repartía con equidad los rayos sobre la Tracia. ¿Qué era, pues, lo que así le detenía?

¡Ay! es que satisfecha una venganza, quedaba en pie otra mayor. Favonio, celoso y resentido, había implorado el auxilio del turbulento Bóreas, para que la nave de Ceix no llegase al puerto...

Una noche, Alcíona, rendida de pesadumbre y de fatiga, se había reclinado sobre su lecho de plumas y de rosas... ¡Dormía!

De pronto, vió en sueños que se acercaba á su lecho un extraño personaje, que tenía la voz, el gesto y el semblante de Ceix, solo que llevaba en la diestra un manojo de amapolas, y ostentaba las alas ligeras y brillantes de la mariposa.

—Soy Morfeo, la dijo, y vengo de parte del Dios del Sueño, á anunciarte la verdad en premio de tu conyugal ternura... ¡Hay una nave que naufraga en la costa! Corre á la playa, si quieres recoger el último suspiro de tu esposo.

Alcíona despertó sobresaltada y medio desnuda, suelto el cabello, corrió al puerto...

El inflexible Bóreas había amontonado unos sobre otros los negros nubarrones, que despedían rayos y centellas; había levantado hasta el cielo las encrespadas ondas...

Las ondas mugían, las nubes tronaban, la nave subía, bajaba, chocaba con los escollos, chocaba con los riscos de la costa... ¡Ya no tenía mástiles ni velas!...

Ceix estaba de pie en la proa, con las manos levantadas hacía el cielo. ¡Alcíona estaba de rodillas en la playa, implorando el auxilio de los dioses!



¡Desdichados! desdichados!

¡La nave se rompió contra un escollo, y las ávidas ondas la tragaron!

—¡Adios, Alcione! gritó Ceix, apareciendo sobre las aguas.

—¡No, no, no, gritó Alcione, soy tu esposa! Debo salvarte ó perecer contigo!

Y se lanzó al mar, nadó, llegó á sus brazos....

Por tres veces ambos esposos, radiantes de amor, aparecieron sobre las olas: por tres veces las olas victoriosas, los lanzaron al abismo....

Entonces se oyó un grande estrépito, y Eolo atravesó los espacios, llevando la diadema en la frente, el cetro en la diestra....

Bóreas, aprisionado, volvió á sus antros: aquietáronse las ondas, rasgáronse las nubes, brilló el sol...

¡Pero no brilló para los dos fieles esposos: ¡habían muerto, ya era tarde!

Los Dioses benéficos, admirados de tan heroica fidelidad conyugal, compadecidos de tanta desventura, los convirtieron en Alciones, y quisieron que jamás las tempestades volviesen á turbar sus plácidos amores; quisieron que el mar permaneciese en perfecta calma, siempre que estas aves llevasen sus nidos por su tersa superficie. Esto dice la tradicion, y aunque fabulosa, el hecho es eterno é inmutable.

Los Alciones se hallan difundidos en todos los mares, crecen en todas las profundidades y bajo todas las latitudes, y son un signo de salvacion para el marino, que los saluda con vivo regocijo.

Ahí teneis la historia, hijas queridas, concluyó diciendo el anciano, y cuando veais al Martin Pescador haciendo el nido, pensad en la heroica Alcione: pensad que es el matrimonio: *dos en uno: uno en vida y en muerte: uno*, para la dicha y la amargura!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### NUBES DE VERANO.

Cual la flor que abatida  
Yace en el campo  
Cuando las tempestades  
Pasan volando,  
Así inocente,  
Flora mía, se inclina  
Tu pura frente.

¿Cuál ha sido la causa  
De tu desvelo;  
De ese llanto que anubla  
Tus ojos bellos?  
¿Son los dolores  
De tu espíritu triste,  
Penas de amores?

Por el cielo, responde,  
Que soy tu amigo,  
Y hallarás al hacerlo,  
Flora, un alivio:  
Corre al instante,  
Que te espera afanoso  
Mi pecho amante.

—Yo no sé lo que tengo,  
Dijo la niña,  
Encendidas las rosas  
De sus mejillas:  
Venga la muerte,  
Si á cambiarse no llega  
Mi triste suerte!

Cuando á la tierra alumbra  
La dulce aurora,  
Y de la noche negra  
Las tintas borra,

Con su dulzura  
No mitiga lo intenso  
De mi amargura:

Cuando las flores bellas  
Que antes queria,  
Me presentan su cáliz  
En la campiña,  
No corro ansiosa  
Á escoger entre todas  
La fresca rosa! . . . .

Al decir esto, Flora  
Lanzó un suspiro,  
Como para probarme  
Tanto martirio;  
Y silenciosa,  
Ocultó entre sus manos  
La faz llorosa.

Cuatro meses pasaron  
Desde aquel día,  
Y al mirarla me lanza  
Dulce sonrisa:  
Ya tiene Flora  
Un amor en su pecho,  
Y así no llora.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

### LA EDUCACION DE UN PADRE.

( CONCLUSION. )

—¡No me habia de reir! dijo su hija en tono alegre. Figuráos, amigo mio, que mi padre se propuso imitar al sá-



bio, de quien se cuenta, que al sentirse dispuesto á encolerizarse, repetía siete veces las letras del alfabeto antes de pronunciar una palabra. Mi padre, que por entonces no era muy aficionado á las letras, imaginó valerse de otro espediente, y en iguales circunstancias, bebía un vaso de agua fresca; por lo regular, sus arrebatos eran á las horas de comer, y hubo comida en que se bebió uno tras otro, hasta diez vasos de agua, pero con tal precipitación, que á veces se atragantaba, y entonces era de ver lo furioso que se ponía, y como volaban los platos y las botellas por el aire. Pasado el acceso, se arrepentía y juraba de nuevo enmendarse.

—Y cumplí lo jurado, aunque mi trabajo me costó; pero todo lo puede la fuerza de voluntad y el cariño de padre. Bien puede asegurarse que todas las virtudes se comprenden en esta frase: «Amáos los unos á los otros.» Mientras á mí me costaba esfuerzos heróicos el corregir mi genio, este angelito se corrigió como por encanto. Vió á su madre llorar cuando supo su falta, y esto solo bastó para que no volviese á cometerla.

—Hubiérais podido añadir que ví á mi padre dolorido y enojado, y esto fué parte á que prometiera no darle otro disgusto en mi vida.

—¡Vamos! ¡Vamos! no quede por eso; confesaré que algo influyó mi sentimiento: no me mires con ese aire de reproche. Ya sé que siempre fuiste para mí una hija tierna y respetuosa; pero, confíesalo, hubo unos días, mas de unos días, en que no me quisiste tanto como antes y despues.

—¡Oh, padre mio!

—No hay padre mio que valga, las cosas se han de confesar tales como son. Dí si al paso que adelantabas en la enmienda, no retrocedías en las muestras de cariño que antes me prodigabas. Dí si mas de una vez no afeaste mi vicio criticándole indirectamente, y diciendo á cada paso que la violencia, lejos de ser una prueba de energía, lo era de gran debilidad, en lo cual no hacías mas que repetir lo que oías á tu madre; mas no por eso sentía yo menos el oír en tus labios una censura.

—Pero lo que yo censuraba era el vicio, nunca pensé faltáros al respeto.

—El que conoce la fealdad del vicio, no es fácil que ame á los viciosos: los compadece, pero no los estima. Hé ahí por qué perdí en tu corazón el terreno que ganó tu madre, cuya virtud y mansedumbre no te cansabas de admirar. ¿Me negarás que algunas veces fué preciso que tu madre te advirtiera disimuladamente que fueras á darme un beso?

¡Cuánto me hizo sufrir tu desvío, que penetraba en mi corazón como un dardo de hielo! Cada uno de mis arrebatos, sobre todo cuando afligían á tu madre, aflojaba los vínculos que nos unían, y las caricias que prodigabas á la paciente la vengaban de mis violencias: sentí unos celos tan atroces, que temí perder el juicio.

—No le perdisteis, puesto que buscasteis el remedio en la misma que despertaba vuestros celos. Sí, Gustavo, mi padre acudió á mamá y la dijo: ¿Qué haré yo para recobrar el amor de nuestra hija?

—Nuestra hija os ama, y dejaría de serlo mia si así no fuese, contestó mi madre con prontitud.

—Señora, repuso mi padre con tristeza, nuestra hija conoce de sobra que no he sabido haceros feliz: esto la predispone contra mí; conozco la razón, pero si esto dura, me moriré de pesadumbre, y puesto que sois buena y generosa, vengo á pedir os ayuda; con vuestro auxilio venceré mi genio, me haré bueno, y os amaré tanto como hasta aquí os he afligido. Al decir esto, mi padre se hallaba tan conmovido, que su voz temblaba y sus ojos estaban humedecidos.

—Mi madre nunca le había visto así, y aquello la conmovió vivamente.

—Lo que sufro, añadió mi padre, lo tengo bien merecido por haber sido injusto con vos; pero aun somos bastante jóvenes entrambos, y podemos confiar en el porvenir; por eso vengo á pedir os ayuda. Cuando me veáis próximo á encolerizarme, decidme: «Acordáos de que sois padre,» y os juro por mi honor, que ahogaré los impulsos de la ira; llamadme vuestro esposo querido, y seré bueno como vos.

Al decir esto, abrió los brazos á mi madre, que se arrojó en ellos vertiendo lágrimas de ternura y alegría.

—Corre á besar á tu padre, me decía poco despues; creo que vamos á ser muy felices en adelante, y á tí te lo deberemos. ¡Hija de mi alma!

La esperanza de mi madre se realizó por completo, y completa fué la transformación de mi padre: moderó su carácter, y poco á poco llegó á ser tal como le conocéis.

Yo tenía entonces muy cerca de diez años; ya era tiempo de adquirir algunos conocimientos útiles; mi madre poseía un gran fondo de instrucción.

—¡Pobrecilla! exclamó el coronel, arrojando una bocanada de humo: tomó el recurso que toman algunas mujeres cuando están desesperadas, se aplicó al estudio para no aburrirse.

—Bajo la dirección de mi madre comencé mis estudios: por el día nos dedicábamos á las labores caseras, propiamente femeniles; por la noche leíamos algunas obras escogidas, y mi madre añadía sus esplicaciones en un estilo tan claro, tan sencillo y tan gracioso, que las lecciones se convertían en agradable pasatiempo; se nos iban las horas sin sentir, y casi jugando aprendí las cosas mas serias y los conocimientos mas útiles. Segun es el narrador es el oyente; mi madre sabía enseñar deleitando. Así es que mis progresos fueron rápidos, y antes de que mi padre lo echara de ver, me hallé muy versada en la historia, en la botánica, y sobre todo en la doctrina del Evangelio, fuente de toda ciencia y de todo bien.

Una mañana estábamos en el comedor, y entró mi padre á tiempo que yo esplicaba unas láminas de la *Biblia*. ¿Quién te ha enseñado esas historias? me preguntó admirado. —Mamá, le contesté. ¡Ah! repuso mi padre haciendo un gesto de aprobacion.

Otro día entró en mi habitación cuando estaba yo arreglando algunas hojas y flores que me proponía disecar entre las páginas de un libro. ¿Para qué haces eso? volvió á preguntarme con un gesto de curiosidad.

—Estoy arreglando mi herbario, contestéle muy ufana.

—¿Tú herbario? repitió con asombro; pero esa es una palabra, que si mal no recuerdo, pertenece á la botánica, ¿la sabes tú?



—Mamá me la está enseñando, repuse yo muy lista, y dentro de pocos días empezaremos las lecciones de Historia natural.

—¡De historia natural! volvió á repetir mi padre, arqueando las cejas y encogiendo los labios en señal de admiración.

—¿Sabes tú la Historia natural? preguntó despues á mi madre, que á la sazón entraba en mi cuarto.

—Un poquito nada mas, repuso con modestia. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Cómo nunca me lo habías dicho! contestó mi padre asombrado cada vez mas, y luego añadió: ¿Cuándo has aprendido tantas cosas?

—Cuando estuve en la campaña de Alemania, estudiando pude soportar mejor tu ausencia.

—¡Y mi olvido! añadió mi padre suspirando. ¡Bruto de mí, que pasé mas de un año sin escribirte un solo renglón!... Eres un pozo de ciencia, segun veo, exclamó en tono mas alegre, y me tendré por muy dichoso si me admites en tu cátedra; quiero ser el condiscípulo de nuestra hija.

Desde aquella noche fuimos tres á estudiar. Mi madre, que por efecto de su timidez y sus disgustos, apenas hablaba sino á medias palabras, se hizo luego expansiva y elocuente; mi padre la escuchaba embobado, y como su entendimiento no carecia de luces, sino de cultivo, aprovechó grandemente las lecciones, y de tal manera se aficionó al estudio, que á poco tiempo nos tomó la delantera.

Otro marido vulgar se hubiera juzgado casi ofendido al ver que su mujer le aventajaba en la instruccion: pero mi padre que tenia un alma grande y generosa, se complacia en hacer justicia y rendir homenaje al mérito y á la virtud de una esposa, cuyas prendas habia desconocido hasta entonces, prendas que cada dia lo enamoraban mas y mas. Amábala no solo por lo que valia, sino por lo que me hacia valer. Cada uno de mis progresos le hacia exclamar dirigiéndose á mi madre: «A tí te debe cuanto sabe.»

Esto acabó por despertar su emulacion; queria enseñarme alguna cosa útil, y devanábase los sesos discurriendo lo que habia de ser...

—Ahí estaba el quid de la dificultad, prorumpió diciendo el coronel. Yo entonces no sabia nada que pudiera convenir á una niña de diez años. Bien hubiera podido enseñarla, por ejemplo, á tomar un reducto, á dar una carga de caballería. El manejo del sable, de la carabina, ó cosa tal. Pero todo eso para ella de nada servia.

Ganas me dieron de enseñarle la táctica militar y los capítulos de la Ordenanza. Pero ¿á qué, sino habia de servir en el ejército?

Por último, caí en cuenta de lo que podía enseñarla, y me hice su maestro en la equitacion. Varias veces habeis aplaudido su destreza en manejar el caballo. A mí me la debe: ¡algo es algo!

—Os debo mi dicha, padre mio, os debo las horas mas felices de mi vida, las que pasábamos alrededor de la mesa de estudio, teniéndoos á un lado, al otro á mamá, y siendo yo el lazo que unia estrechamente á dos seres tan dignos de amarse y ser amados.

—Lo veis, hijo mio, exclamó el coronel dando una

palmada en el hombro del capitán, ¿cómo la educacion de un padre á veces es obra de su hija? Yo era malo, y ahora me creo bueno; los que antes me temian ahora me aman y los amo. Ya no riño, ya no juro, ya no trinco, ya no juego, casi no fumo. ¡Dios me libre de pronunciar palabras obscenas ó mal sonantes! ¡Qué pensaria de mí esta señorita! ¡Oh, bien sabe Dios lo que se hace al darnos hijos, y sobre todo hijas. ¡Tontos de nosotros, pensamos recibir unos seres á quienes educar, y son ellos los que nos educan!

Poco rato despues se despidió el capitán del padre y de la hija, y al partir iba diciendo: «Mi esposa será como su madre.» ¡Dichoso el hombre que recibe por compañera una mujer virtuosa, instruida y modesta; mas tarde ó mas temprano su virtud y su prudencia labrarán la dicha de su esposo, la de sus hijos, y la suya propia!

(Arreglo.)

CAMILA AVILÉS.

## Á UNA BARQUILLA.

Dime barquilla, que luciendo vienes  
Tu esbelta quilla y tu flotante lona,  
¿Qué consuelo le resta al que ha perdido  
Del dulce amor las esperanzas todas?

Tú que corraste nuestros bellos rios,  
Tú que cruzaste de la mar las ondas,  
Cuenta á la ingrata las amargas quejas  
Que del profundo de mi pecho brotan.

Dí que en mis ojos, al dolor ya mudos,  
Consoladoras lágrimas no asoman,  
Que el llanto del dolor las ha secado,  
Y aunque quieren llorar, llorar no logran.

Que su argentina voz suena en mi oído  
Como el cántico dulce de las tórtolas,  
Mas sonora que el céfiro suave,  
Mas grata que el murmullo de las hojas.

Por conseguir una mirada suya,  
Pulso la lira en mi arrogancia loca,  
Y estudio de la ciencia los arcanos  
Para arrancar laureles á la gloria.

Olvidarla no puedo un solo instante,  
Que incesantes los céfiros la nombran,  
Cuando entre nubes anunciando vienen  
La opaca luz de la naciente aurora.

Ella es la flor de la esperanza mia,  
Ella es de la virtud la clara antorcha,  
Y por eso al morir, su nombre puro  
Saldrá en suspiros de mi amante boca.

Vuela barquilla, pues, vuela á su lado  
Y sé la mensajera venturosa  
Que devuelva la paz al que ha perdido  
Del dulce amor las esperanzas todas.

ENRIQUE PRINCIPE.



## TEATROS.

Los grandes elogios, las detalladas descripciones que con anticipacion suelen hacerse de ciertas obras ó de artistas determinados que deben presentarse en la escena, vienen casi siempre á perjudicar á estos ó aquellas cuando llega el momento de la exhibicion. El entusiasmo prematuro hace convertirse la atencion de todos hácia la persona ó la cosa que de él es objeto, pero reviste á su ídolo de proporciones extraordinarias. Lo primero es beneficioso, porque ya no pasa sin notarse el objeto celebrado; lo segundo, daña al efecto de la verdad, porque rara vez ésta puede aparecer revestida de los brillantes colores con que nuestro deseo embellece la ilusion.

Algo de esto ha acontecido con el trágico italiano Ernesto Rossi, que en la noche del domingo 26 se presentó por primera vez ante el público de Madrid en el teatro de la ZARZUELA.

Precedido de los vehementes encomios de los periódicos barceloneses; protegido, digámoslo así, los últimos días antes de su aparicion en las tablas por panegíricos ardientes que corrian de boca en boca, se pintó su mérito á la imaginacion de algunos con tan vivos colores, que á no dudar esperaron ver en él un actor fuera de todo lo conocido. Esta circunstancia, unida á algunas otras, menos agradables aunque sí mas humanas, que ahora no es del caso especificar, han dividido la opinion acerca de los quilates de su mérito, haciendo que una porcion de seres descontentadizos se separen del común sentir que le estima como un actor de primer orden. Pero sea lo que se quiera del disentimiento de la porcion indicada, y sin perjuicio de reconocer que el Sr. Rossi está sujeto á desigualdades é imperfecciones propias de todo lo que existe en la humana naturaleza, es menester confesar que se halla adornado de exuberantes facultades, y que el talento y el estudio han hecho de él una insigne notabilidad artística.

Tal es el juicio formulado por la mayoría del público que le ha prodigado aplausos, y del mismo participamos en nuestra insignificancia, no porque sea la opinion de la generalidad, sino porque coincide con nuestro particular modo de ver el asunto. La impresion es lo que nos hace pensar así, pues para darnos cuenta determinada de semejante juicio, sería necesario tener mas datos que los que ahora contamos para razonar lo que decimos.

La obra en que el Sr. Rossi se ha estrenado artísticamente ante la sociedad madrileña, ha sido el drama trágico en cinco actos, del gran Shakspeare, *Hamlet*, arreglado en seis al italiano, por Rusconi.

Nada diremos de esta produccion en sí misma, porque ya ha sido juzgada por todos los públicos y críticos de Europa, reconociéndola como la concepcion de un génio, á pesar de las manchas de sombra inoportuna que á veces oscurecen aquel magnífico cuadro. Aunque en el particular tuviésemos cualquiera otra opinion, no sería este sitio adecuado para exponerla. Solo indicaremos que ni por el tono terrible que en ella domina, ni por sus rasgos acres y punzantes, ni por las repetidas catástrofes de que está recargada, es *Hamlet* produccion armónica con el gusto de nuestro tiempo y de nuestra sociedad española. Así es, que, sin perjuicio de haberse celebrado algunos de sus cuadros, como por ejemplo, el del cementerio, que es un poema empapado en melancolía, no era de estrañar que nueve décimas partes de la concurrencia experimentasen secreto desagrado con el desarrollo de aquella accion desconsoladora. Pero si por tales conceptos era desventajosa su representacion, proporcionaba en cambio, al actor protagonista ancho campo en que lucir sus facultades y su inteligencia, desde el donaire sencillo hasta el grito sublime del dolor, desde el arrebato de la pasion hasta el frio cálculo del raciocinio, desde la frase mas trivial hasta el apóstrofe mas levantado. Bajo tal punto de vista, el Sr. Rossi ha sabido bien la obra que escogia para su primera aparicion en una escena desconocida.

¿Salió airoso de su empeño?—Sí, á no dudarlo. El señor Rossi dió vida con su palabra y accion á los diversos sentimientos que brotaron de la pluma del poeta, convirtiendo en una letra viva y animada. La melancolía con su abandono, el dolor con sus estremecimientos, el sarcasmo con su acritud, la venganza con sus ímpetus, el amor con su dulzura, todos estos sentimientos ó impresiones fueron expresados por el Sr. Rossi, de un modo verdaderamente superior. Que pudo decaer en algun momento, que pudo en algun otro equivocarse la traduccion de una frase, no lo negaremos, pero tampoco se nos negará que el carácter general de su ejecucion fué el del acierto, el del sentimiento, el de la perfeccion. Este jóven actor (porque jóven es



el Sr. Rossi aunque tanto ha adelantado en el camino del arte) recibió de los espectadores la acogida que merecía: desde el primer acto fué aplaudido, y al final de todos ellos llamado á las tablas despues de bajado el telon.

Al *Hamlet* ha seguido el *Otelo* del mismo Shakspeare, ejecutado el martes 28.

Si una de las cualidades de los grandes actores es identificarse con el personaje que representan fundiendo en la de éste su propia figura, fuerza es confesar que dicha cualidad en sumo grado tocó en suerte al Sr. Rossi. Ni la fisonomía, ni la voz, ni el continente del príncipe dinamarqués se recordaban en lo más mínimo en el continente y la voz y la fisonomía del caudillo africano. Sin venir á recordar lo que era el primero, diremos que el segundo apareció con los caracteres de una naturaleza apasionada, vehemente, sensual; con la fiera del leon del desierto que aunque domesticado por la mano del hombre, se acuerda cuando le hieren de su naturaleza y de su instinto. Dominados todavía por la impresion de la representacion, no podemos darnos cuenta de los puntos de acierto que alcanzó el Sr. Rossi en

la pintura de tan terrible personaje: sólo podemos consignar que tan luego como los celos clavan su aguijon en aquella alma vigorosa y casi por civilizar, la desoladora pasion toma en el actor tan progresivo desarrollo que subyuga al espectador y le impide en aquellos momentos el libre empleo de su discurso. Para comprender lo que indicamos, es fuerza ver al Sr. Rossi cuando la asquerosa perfidia de Yago abre en el pecho de Otelo la herida de la duda, cuando Otelo reconviene á Desdémona en el exceso de su dolor, cuando la ahoga en el lecho nupcial, cuando desengañado reconoce el error insensato de su odioso crimen.—Pero no digamos mas por hoy: concluiremos manifestando que *Otelo* deja en el corazon una impresion de angustia y de horror inexplicable.

La altura á que hemos llegado con sólo estampar este ligero recuerdo de nuestras impresiones, nos impide ocuparnos en tratar de la compañía del actor eminente á quien dedicamos las líneas que preceden.

DIEGO DE RIVERA.

## MODAS.

*Explicacion del Figurin, núm. 225, bis.*

NUM. 1. *Cuerpo* de muselina de plieguecitos, abierto en V por delante y adornado de entredoses de guipure blanco, sobre bieses de tafetan negro en el escote, hombro y bajo de la manga: cinturon igual al adorno, sujeta el talle.

NUM. 2. *Cofia* de mañana, de nanzouk, bullonado el fondo y separado por entredoses alrededor de un centro bordado; el ala forma punta por delante y va orillada de entredos y guarnicion encañonada, bajando por los lados á formar las bridas.

NUM. 3. *Cofia-echarpe* para casa, de tul moteado, guarnecida de cinta grosella con entredós encima y puntilla rica al canto: el fondo se continúa en bridas, pasando por debajo de la cinta, y un lazo con caidas adorna el fondo, sujetando otro las bridas por delante.

NUM. 4. *Cofia* de forma semejante y tul moteado tambien, orillada de cinta verde y puntilla, excediendo por delante de la gorra otra cinta en diadema: bridas del mismo tul con igual adorno.

NUM. 5. *Esclavina* de muselina á plieguecitos con cuello orillado de puntilla, y al borde de la esclavina cinta de color de rosa, y encaje de punto de Alençon; otra cinta ondulada va por el centro de la esclavina todo alrededor.

NUM. 6. *Esclavina* redonda, compuesta de dos bullones de muselina, separados por cinta do color, y guarnecida alrededor por cinta igual y encaje al canto.

NUM. 7. *Cuerpo* de muselina bullonado por delante, y separados los bullones por entredoses bordados, colocados en sentido horizontal; dos tirantes de tafetan azul con fleco le adornan, sujetándolos un cinturon de igual color. Mangas lisas con vuelta y fleco como los tirantes.

NUM. 8. *Cuerpo* breton de muselina, la parte superior con grandes tablas separadas por entredoses, y la inferior, que figura un justillo con plieguecitos menudos, marcando esta separacion otro entredós que se continúa en el bajo de la hombrera, de plegado menudo tambien. Mangas con vuelta y entredós.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.